

Eligiendo la paz. 80 años después de Hiroshima y Nagasaki

Pietro Polito

Centro de Estudios Piero Gobetti. Turín-Italia

Nuestro pacifismo no es la adhesión a una ideología, sino "una cuestión de instinto", "algo más amplio, tan innato en nosotros que podríamos definirlo fisiológicamente innato" (extiendo que la contraposición que Gobetti establece entre fascismo y antifascismo es la que existe entre belicismo y pacifismo). Con Giacomo Matteotti, creemos que, al igual que para el fascismo, para "combatir eficazmente" la guerra, debemos "oponernos a ella con ejemplos de dignidad y resistencia tenaz. Convertirla en una cuestión de carácter, de intransigencia, de rigorismo".

Al igual que hace 80 años, cuando Hiroshima y Nagasaki cambiaron (y deberían haber cambiado) el curso de la historia, la disyuntiva que enfrentamos es entre la paz y la guerra. El contraste entre la paz y la guerra es antiguo e irremediable, y la lucha contra la guerra no es solo política es también moral, tiene un valor religioso y es una cuestión de estilo. La disyuntiva entre la paz y la guerra es antropológica, existencial, absoluta e irreconciliable.

La elección entre la paz y la guerra ya no se puede posponer en el nuevo mundo en el que nos hemos sumergido. Un mundo ensangrentado en el que los poderosos y los indefensos (al menos algunos, si no la mayoría), invirtiendo el sentido del Artículo 11 de la Constitución, no "repudian" la guerra; más bien, la consideran un "medio para resolver disputas internacionales", un instrumento de defensa y afirmación de la libertad.

Contrariamente al espíritu de la época, las razones por las que elegimos la paz son y siguen siendo exactamente las mismas que por las que, tras la revolución atómica, repudiamos la guerra. Con la revolución atómica, que marcó un punto de inflexión en la historia de las ideas, pero que lucha por convertirse en realidad, tanto la naturaleza de la guerra como el sentido de la historia cambiaron radicalmente.

Tras este punto de inflexión, la guerra se convirtió (debería haberse convertido) en un medio inadecuado para alcanzar cualquier fin. Si nos preguntamos: "¿Cuál es el propósito último de la historia?" La guerra nuclear —y este es el punto crucial— priva de sentido tanto a la vida de la humanidad en su conjunto como a la de los individuos. Si la historia está destinada a culminar en la autodestrucción humana, si el objetivo no es un fin, sino el fin mismo, ¿tiene todavía sentido la historia?

Si hasta ahora la tarea de la cultura ha sido justificar la guerra, nuestra tarea hoy es justificar la paz mediante la "injustificación" de la guerra. Si el propósito de la cultura, incluso en sus más altas expresiones, ha sido racionalizar el curso de la historia humana, nuestra tarea hoy es demostrar el absurdo de la guerra.

Las razones para elegir la paz son simétricamente opuestas a las de "repudiar" la guerra: 1. La guerra no contribuye al progreso moral; 2. La guerra no contribuye al progreso civil; 3. La guerra no contribuye al progreso técnico. Entendiendo la guerra tanto en el sentido de "guerra atómica" como en el sentido genérico de "guerra

convencional". A la luz de las guerras libradas hasta la fecha, ¿no resultan absurdas las justificaciones de la guerra cuando se libra con armas nucleares y convencionales?

Elegimos la paz y rechazamos la guerra porque ni la guerra nuclear ni la guerra convencional no contribuyen al progreso moral. Siempre ha sido dudoso, como mínimo, que la guerra tradicional haya contribuido alguna vez al progreso moral de la humanidad. En cuanto a la guerra nuclear, la parábola del mayor Claude Eatherly, el piloto de Hiroshima, es particularmente emblemática. Poco a poco, Eatherly se da cuenta de que no es un héroe, sino algo entre un campeón deportivo y un robot, y descubre que es simplemente un engranaje en una inmensa máquina de muerte. La imagen de la guerra como "fertilizante de virtudes sublimes" queda completamente desvirtuada. La guerra nuclear es escandalosa, insidiosa y el más grave crimen contra la humanidad. Como observa Norberto Bobbio, "en lugar de la imagen hegeliana del viento en el pantano, tenemos la imagen más apropiada de la tormenta sobre la frágil cosecha"¹.

Optamos por la paz y rechazamos la guerra porque ni la guerra nuclear como la convencional no contribuyen al progreso civil. Si observamos con atención, la idea de que la guerra podía contribuir al progreso civil ya había entrado en crisis con la afirmación de que no es la guerra, sino el intercambio y la comunicación pacíficos entre los pueblos, el medio más poderoso para unificar a la humanidad. Ahora, dicha teoría se ha vuelto insostenible ante la perspectiva de una guerra nuclear. ¿Qué clase de mundo surgirá tras la catástrofe atómica? ¿Tendremos, tras ella, un mundo más unificado o uno más fragmentado, desarticulado y dividido? La novedad de la nueva guerra imposibilita cualquier predicción de lo que sucederá después, cuestiona la idea de que la historia tenga una dirección y un propósito racionales y niega la teoría misma del progreso en todas sus formas: «desde que la guerra atómica entró en la historia de la humanidad como un acontecimiento posible, el progreso ya no está garantizado»².

Optamos por la paz y rechazamos la guerra porque ni la guerra nuclear ni la convencional contribuyen al progreso técnico. Si se pudiera objetar esta tesis de que la guerra ampliamente preparada y afortunadamente no librada militarmente por las dos grandes potencias, que culminó con la derrota y el colapso de uno de los dos contendientes y la implosión del orden internacional, contribuyó innegablemente al desarrollo técnico. Basta pensar en los nuevos descubrimientos científicos y el aumento del poder destructivo de los armamentos. Pero —y esta es una contraobjeción fundamental— al evaluar la relación entre la guerra y el progreso técnico, no es posible separar el problema de los medios del de los fines. Surge así una alternativa drástica: por un lado, el desarrollo técnico; por otro, el desarrollo moral, que se vería inevitablemente comprometido por «el aumento progresivo de la probabilidad de una guerra de exterminio como consecuencia del progresivo desarrollo técnico impulsado por los objetivos bélicos»³.

¹ N. Bobbio, *Il problema della guerra e le vie della pace*, Il Mulino, Bologna 1979, p.76.

² Ibidem, p.77.

³ Ibidem.

Como con toda alternativa, llega un momento en que hay que elegir. Los partidarios de la no violencia se posicionan "del lado de quienes trabajan por la formación de una conciencia atómica" y creen que "este momento ya ha llegado"⁴.

Las razones de la objeción de conciencia a la guerra mantienen su vitalidad y relevancia: desde la perspectiva de una nueva Ilustración, consciente de los límites e incluso los abusos de la razón, la objeción de conciencia es una apelación renovada a la razón y una afirmación del valor perenne de la dignidad de la conciencia individual; desde la perspectiva de una idea de democracia entendida como un proceso de redefinición permanente, la objeción de conciencia es una resistencia a la dictadura y una apertura a la omnirracia (poder para todos); desde la perspectiva del pacifismo, un pacifismo crítico, ni moralista ni ideológico, la objeción de conciencia es una negativa a la resignación y un rechazo a la inevitabilidad de la guerra.

Nuestro pacifismo no es la adhesión a una ideología, sino «una cuestión de instinto», «algo más amplio, tan innato en nosotros que podríamos definirlo como fisiológicamente innato» (aquí extendiendo el contraste que Gobetti establece entre fascismo y antifascismo al que existe entre belicismo y pacifismo)⁵. Con Giacomo Matteotti, creemos que, al igual que con el fascismo, para «combatir eficazmente» la guerra, debemos «oponernos a ella con ejemplos de dignidad y resistencia tenaz. Convertirla en una cuestión de carácter, de intransigencia, de rigorismo»⁶.

Nuestra oposición a la guerra es tan radical que nos negamos a considerar los programas y métodos militares presentados como medios para la paz. Concebimos nuestro compromiso no violento como una acción moral que tiene su razón de ser incluso antes de su afirmación.

Si es que ya no es demasiado tarde.

⁴ Ibidem.

⁵ P. Gobetti, *Elogio della ghigliottina*, RL, a. I, n. 34, 23 novembre 1922, p. 130; SP, p. 432. Ripreso in in Id., *La rivoluzione liberale. Saggio sulla lotta politica in Italia*, Cappelli, Bologna, 1924. Cito dall'edizione a cura di Ersilia Alessandrone Perona, con un *Profilo di Piero Gobetti* di Paolo Spriano, Einaudi, Torino, 1983 è stata poi ripresa con un saggio di Paolo Flores d'Arcais, Einaudi, Torino, 1995, p. 165.

⁶ P. Gobetti, *Matteotti*, RL, a. III, n. 27, 1 luglio 1924, p. 103; poi in volume Piero Gobetti Editore, Torino 1924, pp. 28 e 32, ora, con la postfazione di M. Scavino, Edizioni Storia e Letteratura, Roma 2014. Mi permetto di rinviare al lavoro che mi è stato affidato da Goffredo Fofi: G. Matteotti, *Questo è il fascismo*, con uno scritto di Piero Gobetti, a cura di Pietro Polito, e/o, Roma 2022 Vedi le raccolte di scritti di Matteotti: . *Contro ogni forma di violenza*, a cura di Davide Grippa, Einaudi, Torino 2024 e *Contro la guerra, contro la violenza*, prefazione di Tomaso Montanari, eDimedia, Firenze 2025. Per una critica contemporanea del fascismo: Michel Foucault, *Introduzione alla vita non fascista*, Feltrinelli, Milano 2025.